

ECCLESIA QUOTIDIE GIGNIT ECCLESIAM

El Misterio del Corazón de Jesús y la vida religiosa femenina

INTRODUCCION

En mis estudios anteriores¹ abordé el tema del Corazón de Jesús en relación a la formación sacerdotal y a la dirección espiritual, con la intención de proyectar la piedad del Corazón de Jesús hacia la vivencia evangelizadora de la caridad. La intención que presidió esos estudios y que retomo en el presente trabajo, es la de relacionar el misterio de la fe con la vida, tal como se desarrolla específicamente en nuestra tierra latinoamericana. Hay que relacionar al Corazón de Jesús con el mundo.

Mi punto de partida es éste: no se puede encontrar la realidad del mundo si no se pasa antes por el propio corazón, que en cierto modo es el centro del mundo, en cuanto principio de la libertad protagonizadora de la historia de cada persona humana. Pero para atravesar el corazón se necesita la experiencia del Corazón de Jesús. Por eso, la pregunta clave de este trabajo es: ¿el Corazón de Jesús vibra con la realidad de la vida religiosa tal como se da hoy en América Latina?

Antes de explicar el método con el que procederé, deseo indicar la importancia de la vida religiosa femenina, en la Iglesia de hoy y de siempre. Cada cristiano, por el sacramento del Bautismo, es identificado a Cristo muerto y resucitado, es decir, a su Misterio Pascual. La vida religiosa hunde sus raíces en esta consagración primaria que brota del carácter bautismal: es como una profundización de ese Misterio de muerte y resurrección para llevarlo a la propia existencia testimonial en el mundo. Nadie puede "insertarse" en el mundo que no haya hecho antes la experiencia de "insertarse" en la *kenosis* o anonadamiento de Cristo Jesús.

En el principio y el fin de la actitud de un corazón humano que se inserta en el Corazón de Cristo debe hallarse un amor casto, pobre y obediente. En cuanto casto ese amor es sponsal, es decir, sella el aspecto de hermosura y transfiguración que posee la identificación con el Corazón de Jesús. Pero en cuanto pobre y obediente, el amor de la vida religiosa se hace redentor según el otro aspecto del misterio Pas-

1. SANTAGADA, Oswaldo, *El Misterio del Corazón de Jesús y el sacerdocio ministerial*, en "Tierra Nueva", nn. 48 y 49 (1983 - 1984). ID., *El Misterio del Corazón de Jesús y la dirección espiritual* (en prensa).

cual: la muerte expiatoria².

La vida religiosa está presente en la Iglesia para expresar de modo más pleno aquella identificación del Bautismo. La mujer que asume la profesión de los votos religiosos debe querer desarrollar en sí misma y en su comunidad aquel vínculo a Jesús nacido del Bautismo. Por eso, una auténtica espiritualidad de la vida cristiana, y *a fortiori* de la vida religiosa, parte de la inserción bautismal. Por el Bautismo entramos al seno materno de la Iglesia y fuimos engendrados como templo de Dios levantado en medio de las naciones. Desde ese instante nuestra vida transcurre enteramente según aquella tensión inherente al cristiano en esta historia: "ya sí, pero todavía no".

Quisiera yo ayudar con estas reflexiones a que cada religiosa, según los carismas propios de su comunidad religiosa, redescubra el llamado que le hace el Corazón de Cristo y que se oye en lo profundo del propio corazón. Cada mujer consagrada al Señor tiene una misión de iluminar al mundo, aunque su acción sea quizás la más oculta de todas. Por eso resulta ridículo el uso que se hace a veces de la palabra "pastoral" identificada a "actividad", como aquella superior de una escuela católica que me decía que allí había diez religiosas, pero que solamente dos estaban "en trabajo pastoral". Las ocho religiosas que se dedicaban a mantener la escuela durante la semana realizan una tarea pastoral tanto o más importante que otras actividades y necesitan recordar la misión para la cual se consagraron en determinado instituto religioso y con determinados modelos de santidad. No podemos bloquear el camino de la presencia de Cristo en medio del mundo con incoherencias y debilidades.

Voy a adentrarme en este tema mediante tres aproximaciones. La primera consiste en establecer cuál es el llamado del Corazón de Cristo al corazón humano de una religiosa. En la segunda buscaré en la Escritura los llamados de Jesús a las mujeres de su constelación y cómo ellas escuchan el llamado, creen y anuncian el Evangelio. En la tercera trataré de ver cómo se puede responder ahora al llamado de Cristo con una respuesta de amor redentor y esponsal. Concluiré con algunos principios de renovación que brotan de una vida identificada al Corazón de Jesús y a su latir en este momento de la historia.

I. LLAMADO DEL CORAZON DE JESUS AL CORAZON HUMANO

Por el Bautismo hemos sido incorporados de tal modo al misterio de Cristo que tenemos acceso a los sentimientos de su Corazón. San Pablo llegará a afirmar que él "posee el pensamiento de Cristo Jesús". No se trata de algo conocido desde afuera, sino de una experiencia interior. En cada corazón humano que vive su fe bautismal late de algún modo el Corazón del Redentor. La identificación y consagración del Bautismo no es extrínseca, sino íntima y modeladora del propio corazón. Por este motivo, el corazón que vive su fe y su caridad bautismal siente palpitar dentro de sí los latidos del Corazón de Cristo Jesús.

2. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Redemptionis donum*, 25 de Marzo de 1984.

1. Llamado a la transparencia interior

El primer llamado que hace el Corazón de Jesús a la mujer que se consagra por los votos a la intercesión o a la acción en la Iglesia, es la transparencia interior. Ser transparente presupone que uno posee como ideales los valores evangélicos y que está dispuesto a criticar los antivalores recibidos en la propia cultura. En efecto, muchas veces ciertos antivalores enraizados en la propia cultura se oponen frontalmente y aniquilan a los ideales del Evangelio. No es un proceso inmediato, pero con el tiempo aparecen grandes problemas que deberían haberse remediado desde el origen. El Corazón de Jesús llama pues a una transparencia interior según la cual cada uno evita como uno de los peligros mayores para la fidelidad a esa consagración religiosa, vivir una vida encerrada en sí misma, de encubrimiento de lo íntimo, del silencio malo que aísla y destruye. La transparencia interior puede ser una actitud ingenua o consciente. Considero que en la vida religiosa tal transparencia debe brotar de la libertad, como un acto consciente y una elección de un estilo de vida. No se puede vivir en la opacidad, pues entonces se terminaría en la mayor tiniebla, es decir, en la situación que rechaza al mismo Cristo. Cuando el prólogo del evangelio de san Juan dice que *la tinieblas no lo recibieron*, apunta a algo mucho más complicado que a una mera oscuridad. La oscuridad sólo puede ocultar por un tiempo a los ojos de los demás la propia realidad; las tinieblas, en cambio, pueden barrer con nosotros y nuestra luz.

La transparencia la quiere el Corazón de Jesús porque así es su existencia: abierto a la palabra del Padre, a la necesidad de la gente, a los problemas de su época, a la formación de sus discípulos. En Jesús esa transparencia nos manifiesta su hermosura interior de hombre viril y casto, de hombre necesitado y pobre, de hombre obediente hasta la muerte.

La Iglesia necesita esa transparencia en sus religiosas, para dar un testimonio auténtico ante el mundo. La religiosa, sea cual fuere su edad y su belleza exterior, es llamada a dejarse inundar por la hermosura de Cristo. Todos sabemos de qué modo lo que está en el corazón sale desde dentro y se evidencia en nuestra actitud, en nuestras palabras, en nuestras miradas o silencio, y en muchas otras expresiones buenas o malas o indiferentes.

Cuando el corazón de una religiosa escucha el llamado del Corazón de Jesús puede asumir diversas conductas. O el llamado entra por los oídos del corazón humano y entonces se vibra con el latir de Cristo. O el llamado encuentra oídos que no quieren oír, o sea, un corazón de piedra incapaz de ternura, seco de arrugas, entenebrecido por las manchas.

La religiosa que escucha el llamado del Corazón de Jesús, no una sino mil veces, despierta a una vocación de belleza interior y se convierte en aquella novia del *Sal 44*, que aparece delante de su prometido *totalmente gloriosa por dentro* (ver la traducción original de "*all Glorious within*"). Tenemos que hacer un mundo más hermoso y eso se inicia en el corazón de cada uno para poner en camino el hermoejamento de nuestras comunidades y de las estructuras mismas de la sociedad. El mundo está enfermo no sólo por falta de justicia, sino además por falta de verdad, de unidad y de belleza interior. De un modo u otro, siempre se encuentra el pecado en la raíz de lo que *afea* al mundo creado por Dios.

El Bautismo, y la profesión religiosa que se refiere a él como a su causa, al

borrar del propio horizonte el pecado, nos introducen en un itinerario diferente en medio mismo de las fealdades del mundo, a fin de que por una vida embellecida por el Espíritu Santo, mostremos la fuerza de un corazón íntegro y no dividido, la belleza de un corazón *sin mancha ni arruga* (Ef 5,27).

Este es pues el primer llamado del Corazón de Jesús.

2. Llamado a la perfección moral

El corazón consagrado escucha también el llamado del Corazón de Jesús a la perfección moral. Me refiero a la búsqueda coherente de una verdad que se hace vida. No sólo una verdad que se manifiesta en la rectitud del juicio y con el equilibrio entre el concepto y la realidad según el antiguo axioma "*veritas est in iudicio*". Sino además una verdad que incide en el comportamiento, en las actitudes y que conduce normalmente a la toma de opciones según el evangelio.

Para una religiosa no se presupone que esas opciones sean ingenuas, sino que deben ser fruto de la libertad interior y, por consiguiente, opciones conscientes, maduradas en el contacto con la Palabra de Dios, con una liturgia viva, con una aceptación obediente del Magisterio, con una visión de la tradición viviente de la Iglesia.

La perfección moral de que se trata aquí, no es la que podrían enseñar los estoicos o algunas escuelas de espiritualidad más o menos creyentes. Es una perfección o acabamiento de la persona humana según el modo propio de nuestra naturaleza, que es hacer el bien honesto referido a uno mismo en el contexto de la comunidad, y rechazar el mal en cualquiera de sus formas. Este llamado a la perfección que hace el Corazón de Jesús a una religiosa toca su responsabilidad, es decir, se refiere a uno de los aspectos más íntimos de lo que nos constituye en personas humanas. La *responsabilidad* es una vuelta a la actitud sponsalicia, es volver a ser esposo o esposa, o sea, fiel no sólo al otro, sino fiel en un contexto de fidelidad que excede el mero marco de la propia vida para preocuparse por la vida de toda la comunidad. El bien humano que constituye el objeto de la moral, no es independiente del bien común.

3. Llamado al fuego de la caridad

El Corazón de Jesús llama a la belleza interior, a la búsqueda de la verdad y el bien. Pero faltaría algo si no llamase también a la caridad y a su efecto más notorio que es la comunión, la unidad.

El Corazón de Jesús vibra siempre en este amor que lo hizo *entregarse a sí mismo* por la Iglesia *para hacerla santa e inmaculada* (Ef 5,27). Y por esa vibración, cada corazón consagrado no alcanzaría su plenitud si no tuviera como finalidad de la existencia un realizar todo a partir de la caridad y mediante ella.

La caridad no es un mero entusiasmo humano que nos hace compadecernos de quienes sufren. Lo esencial en ella es ser el mismo amor de Dios *derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Cfr. Rm 5,5). Únicamente por la caridad se perdonan las ofensas, se reconcilian los enemigos, se dan la mano los distanciados, únicamente por ella se acepta la postergación, el menosprecio, las ven-

ganzas, y todo aquello que puede brotar de un corazón humano alejado de su centro. De este modo, la caridad es la forma que se necesita para darle figura a la propia vida, y suprimir el riesgo siempre posible de de-formación. En la vida religiosa el "primado de la caridad" nos hace ver todo en su justa ubicación, con un realismo que supera todos los métodos inventados por las gentes y que a lo sumo, como en algunas máquinas fotográficas, nos hacen ver "el mundo al revés".

La caridad no es sólo una meta, o un contenido, sino un método de vida. En cierto sentido, debe moldear el estilo de vida, y la disciplina que nos facilita la convivencia con los demás. No es algo añadido, sino que proviene de dentro. En efecto, la caridad fiel, la fe esperanzada y la esperanza caritativa, han sido dadas desde el Bautismo, junto con los dones del Espíritu Santo, a cada uno de los incorporados a Cristo.

Así, pues, el triple llamado de Cristo forma como la plataforma de lanzamiento de una existencia consagrada según el Corazón de Jesús. Transparencia interior, coherencia moral, primado del amor han sido los rasgos del Corazón de Jesús en su vida histórica hasta el momento definitivo en que pronuncia el *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

También nosotros seremos interrogados según el cumplimiento en un juicio en que no se admitirán las consabidas excusas.

Pero, ¿en qué se distingue la caridad a la que está vinculado todo bautizado por el hecho de su inserción bautismal, de la caridad de una religiosa? La respuesta es fácil y difícil a la vez: por la profesión religiosa la caridad acepta ser forma de la vida según una "ley de renuncia" (Cfr. Juan Pablo II, *Redemptionis donum*) y de oblación. Es un ofrecimiento de sí mismo como ofrenda pura en las manos de Cristo que nos mira con amor puro y nos vuelve a repetir como al joven del evangelio: *ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y después ven y sígueme* (Cfr. Lc 18,22). La mirada de Cristo inunda la conciencia, la memoria y cada corazón para asumir con sinceridad y verdad la tarea redentora que se hace elocuente mediante nuestra vida. Esa mirada se dirige al secreto de cada corazón para establecer en él unas bodas que no se hacen según el modo de la carne, sino según el amor superior para el cual nos capacita el Espíritu Santo. Todas las posibilidades de amor de nuestro corazón son entonces rozadas por esa mirada. En un plano distinto se encuentran las bodas interiores, según la nueva medida que regla el uso de la sexualidad, del dinero y del deseo. Así se llega a lo profundo de la caridad: es un amor gratuito cuyo término es el mismo Dios. La caridad teologal que se halla en el Corazón de Jesús nos da la capacidad para vencer a las tres codicias o concupiscencias: la de la carne, la de la envidia, la de la omnipotencia.

Recibimos entonces del Espíritu Santo la inclinación o instinto interior para la profesión religiosa por la cual un hombre o mujer se comprometen a seguir los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia no como medio para obtener un estatuto privilegiado, sino como camino para transformar el propio corazón y permitirle nuevas relaciones estructurantes consigo mismo, y con todo el mundo.

En efecto, el pecado original nos ha dejado como des-figurados y tenemos necesidad de la luz que proviene del Corazón de Jesús para configurarnos a su amor

redentor y elevante.

II. LA MUJER QUE ESCUCHA Y CREE

El Evangelio nos presenta la existencia de Jesús vinculada con distinta intensidad y nivel a varias mujeres. Ante todo, *María*, su Madre y *María Magdalena*, así como *Susana* y *Juana* (Cfr. *Lc* 8i, 2 - 3). Pero también las "dos amigas" *Marta* y *María* (Cfr. *Lc* 10, 38 - 42 y *Jn* 12, 2 - 3); y la mujer cananea (cfr. *Mt* 15,22), así como *Isabel*, sus "tías", *Isabel* y *María*; *Ana*, la profetisa (*Lc* 2,36-38) y las "hijas de Jerusalén" (*Lc* 23,28). Incluso la mujer de Pilato (*Mt* 27,19) y la Samaritana.

En el caso de Ana, Isabel, la cananea, Marta y María, es evidente su importancia para la respuesta de fe que ellas dan a un llamado que perciben de modo interior.

Pero hay tres figuras que merecen un tratamiento pormenorizado. La primera es la de mujer Samaritana, porque su presencia junto a Jesús "llamó la atención" de sus discípulos. Las otras dos son María, su Madre y María Magdalena, cuyas esferas se tocan entre sí y se vinculan a Jesús en el momento decisivo de su oblación en la cruz (*Jn* 19,25).

Estas tres mujeres que gravitan en la constelación de Jesús, reciben un llamado muy explícito de su corazón, que podemos y debemos interpretar con cuidado.

1º. El Corazón de Jesús en su vida apostólica : con la Samaritana

El llamado del Corazón de Jesús a la Samaritana es escueto: *Dame de beber* (*Jn* 4, 7). Jesús, *de cuyo seno brotarán ríos de agua viva* (*Jn* 7, 38; 19, 34) pide agua a una mujer pecadora y extranjera. También otros extranjeros, romanos, son testigos de la palabra que él pronuncia en la cruz: *Tengo sed* (*Jn* 19, 28). Pero ahora es el comienzo de la vida pública. Jesús tiene sed. Pide agua a la mujer que se acerca al pozo de Jacob, junto al cual cansados de la marcha, hacen un alto los que siguen a Jesús. No dice el evangelio que ella le hubiese dado de beber. Sólo presenta un diálogo sobre el culto de judíos y samaritanos, que culmina en un llamado a la conversión.

La samaritana es el símbolo de todos los que escuchan el llamado del Corazón de Jesús y "cambian de tema" porque su vacío interior les impide cumplir con el deber de la caridad. No obstante, ella es importante porque Jesús le anuncia el *agua que salta hasta la vida eterna*. Si ella sólo conociese el don de Dios... entonces sabría *quién* le pide de beber. Pero el don de Dios no lo posee porque vive en pecado. A lo sumo reconoce a Cristo como profeta, según una cristología muy antigua que se ha conservado en el evangelio, en la cual Jesús es "el profeta" que debe venir a suplir a Elías.

El agua que anuncia Jesús es el don del Espíritu Santo. Y su anuncio se hará realidad de su costado abierto, del que fluye sangre y agua (Cfr. *Jn* 19, 30). Con la muerte de Jesús el mundo recibe el don del Espíritu Santo vivificante, cuyo fruto es “regar lo árido” (secuencia de Pentecostés).

El costado de Cristo es como la fuente salvífica de la que se saca el agua de alegría (*sacaréis agua con gozo de las fuentes del salvador: Is* 12, 3). El episodio con la mujer samaritana nos indica ya las condiciones necesarias para sacar agua y beberla: hay que adorar en *espíritu y en verdad*, pues tales son los adoradores que quiere el Padre.

2º. El Corazón de Jesús en la cruz : la Virgen María

La Madre de Jesús recibe el elogio más grande del Evangelio: ella escuchó la Palabra de Dios y la practicó. También María posee fe en su Hijo. Ella que modeló el corazón humano de Jesús, debe esperar hasta la cruz para recibir un llamado.

Cuando el poder de las tinieblas parece triunfar, y Jesús levantado en la cruz aparece *sin figura ni gloria* (cfr. *Is* 53,2). María está presente y recibe su llamado y su última voluntad. Es un momento solemne, patente en las palabras que se escuchan. *Viendo Jesús a su Madre y junto a ella al discípulo que amaba, dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn* 19, 26). Antes de concluir su carrera entre nosotros, Jesús hace a su Madre un pedido cargado de significado: le encomienda al único discípulo que no ha huido del repulsivo espectáculo de la cruz. Y en esa recomendación quedan incluidos todos los que por la fe y el bautismo somos de Cristo. María oye el pedido de su hijo y entiende lo que encierra: ella debe ser imagen viviente de la *Iglesia*, madre, que no sólo ha dado a luz a quien es Verbo encarnado, sino que ahora acoge en su seno a todos los que son de su Hijo. María es imagen de la *santa Madre Iglesia* (Cfr. *2 Co* 11,2; *Rm* 7,2 - 4; *Ga* 4, 25 - 28). El Corazón de Jesús llama a su Madre a culminar su misterio virginal, pidiéndole que sea la figura santa e inmaculada, *sin mancha ni arruga* (*Ef* 5, 27) de la Iglesia definitiva.

Puesto que cree, María acepta este llamado, como en un nuevo anuncio de fecundidad espiritual, y por eso la encontramos junto a los Apóstoles después de la resurrección de Jesús (Cfr. *Hch* 1, 14).

Este llamado del Corazón de Jesús encuentra en María un corazón tan disponible que no hace falta respuesta vocal. Y desde ese instante María queda constituida como Iglesia - Madre y Madre de la Iglesia. Si esto puede decirse con toda seguridad de ella en relación a cada bautizado, tanto más María está referida a quienes por la profesión religiosa profundizan su alianza bautismal en una vida de anadamiento y de servicio. María es madre de la mujer consagrada, y modelo para su existencia. A cada religiosa Cristo le pide que sea “madre” en el mismo senti-

do que María: recibiendo por amor en su corazón a todos los hijos de la Iglesia. En este sentido, una religiosa no es sólo “hermana”, sino “hija” y “madre” también.

Lo que el Corazón de Jesús pidió a la Samaritana y a su Madre se complementan: ser adorador del Padre en espíritu y verdad y madre espiritual de la Iglesia nacida de su costado abierto. Pero en el caso de María, existe un consenso desde hace siglos en verla como una criatura de nuestra raza necesitada de salvación y que ya la ha merecido por su amor. Vale para ella lo que san Agustín expresaba hace tanto tiempo: “María es verdadera madre de los miembros de Cristo, ... por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza”³. Una madre que engendra a sus hijos cotidianamente como la Iglesia, como el modelo de lo que cada religiosa debe ser en la comunidad cristiana: una aceptadora alegre del misterio de la Iglesia en la cual contribuye a engendrar a la Iglesia santa, sin mancha, la esposa inmaculada de Cristo. Ese es el sentido del título de nuestro trabajo que tomamos de san Beda: *Ecclesia quotidie gignit ecclesiam*, es decir, “La Iglesia engendra cada día a la Iglesia”⁴.

3º El Corazón de Jesús en su vida de resucitado : María Magdalena

Una cristología que parte del Corazón de Jesús nos permite rescatar unas figuras relativamente importantes para la comprensión de su misterio. Es bien cierto que nunca faltó el tratamiento teológico de la Virgen María, incluso con una tendencia a constituirse aparte de la cristología. Pero es casi extraño encontrar la figura de María Magdalena en una cristología, a no ser como referencia bíblica al misterio de la resurrección de Jesucristo. Hoy deseamos emprender el discurso teológico sobre el Corazón de Jesús en relación a lo que los medievales denominaron las “*acta et passa Christi*” y los grandes teólogos posteriores al Concilio de Trento, “*mysteria vitae Christi*”.

María Magdalena merece nuestra atención no por motivos sentimentales, sino exclusivamente bíblicos. Ella es una servidora fiel que está presente durante la crucifixión y la muerte del Señor, y que, de manera tan inusual, es llamada a ser “la testigo de la resurrección” de Jesucristo. Bajo la primera realidad, la Magdalena empalma su vida con la de María, la Madre de Jesús. Ellas dos son mencionadas junto a la cruz (*Jn 19,25*), como las principales protagonistas de los dos grupos de

3. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, n. 53, cfr. San AGUSTIN, *De Sacra virginitate*, n. 6 en PL 40: 339.

4. San BEDA el Venerable, *Explan. Apoc.* 1:2 en PL 93: 166 D.

mujeres que acompañaron a Jesús en su vida pública: las parientes y las convertidas. Junto a la Cruz la esfera mariana se vincula a la esfera magdalénica. Alguna importancia debe tener este hecho, cuando por ejemplo, la esfera mariana no toca la esfera petrina sino la joánica.

Pero es la segunda realidad, la que constituye primer testigo del Resucitado, la que nos permite ver toda la importancia de aquella presencia junto a la cruz. De haber carecido de importancia la figura de María Magdalena no hubiese tenido lugar en la teología del evangelista Juan. Sin embargo, ella recibe un llamado especial de Jesús: "*Ve a decir a mis hermanos que subo a mi Padre...*" (Jn 20, 18). María Magdalena escucha, cree y parte a cumplir su misión. La Iglesia siempre consideró a los Apóstoles como quienes debían dar el testimonio de la resurrección oficialmente. Pero permaneció el hecho de que Jesús se le apareció a María Magdalena y le dio una misión, según la cual los mismos Apóstoles reciben el título de "*hermanos*". El Resucitado llama hermanos a quienes ha rescatado por su obra salvadora. María Magdalena no debe perder tiempo en el huerto donde está el sepulcro, sino ir rápidamente a anunciar que el mismo Jesús, a quien ella vio crucificado y muerto en la cruz está ahora glorioso y se ha convertido primogénito de muchos hermanos a quienes abre las puertas de la salvación.

El llamado a María Magdalena lo repite Jesús a cada religiosa: ¡en medio del mundo actual ella debe ser testigo de que ha visto al Señor! Así cada consagrada debe ser testigo de que la vida resucitada existe y que desde ahora *todos nosotros somos hermanos* de Jesús (Cfr. Mt 23, 8) e hijos de un mismo Padre misericordioso que ha cumplido su promesa y ha sellado definitivamente la alianza (Ga 4,28).

III. LA CONSAGRACION RELIGIOSA COMO DESPOSORIO CON CRISTO

Llegados a este punto debemos hacernos una pregunta capital: ¿Cómo puede una religiosa de hoy responder al llamado de Cristo con una respuesta de amor redentor y sponsal? Sería relativamente fácil responder acerca del amor en su vertiente redentora, ya que es el aspecto más señalado a las religiosas, especialmente las que fueron fundadas en los ss. XVIII y XIX. En efecto, aun cuando no lo pretendiese directamente santa Margarita María, su idea de la *reparación* fue concebida, incluso por san Juan Eudes, como "un sufrimiento que daba origen a una devoción encruentada". También la idea de consolar "al prisionero del sagrario" contribuyó a desprestigiar la devoción al Corazón de Jesús.

Si la satisfacción vicaria hecha por Cristo en la cruz es suficiente y sobreabundante, entonces parecería que no es necesario la *reparación* o satisfacción de cada uno de nosotros. Si, por otra parte, Cristo no sufre más en su vida de Resucitado,

parecería que no se requiere más la actitud penitente y reparadora⁵. La Liturgia y el Magisterio nos hablan de la "obligación de reparar"⁶.

Pero nos interesa más detenernos en una respuesta acerca del amor en su carácter esponsal. Porque en el Corazón de Jesús pueden darse estos dos aspectos: el servidor sufriente de Yahvé y el esposo lleno de alegría que acude a las bodas. En los dos aspectos estamos relacionados con el misterio del pecado: ya sea para conducir a Cristo a su pasión y muerte revivida hoy en tantos hermanos nuestros; ya sea para afirmar de El que, aun habiendo asumido la naturaleza humana y verdadera, no la asumió en cuanto pecadora y sometida a las concupiscencias. Es la gran aspiración de una vida según el Espíritu Santo.

El *amor esponsal* precisamente no tiene parangón con los amores puramente humanos, en cuanto en ellos siempre puede esconderse algo de imperfección, y de egoísmo. Solamente cuando el amor humano ha sido elevado por la Gracia del Espíritu Santo y se hace caridad, entonces sí podemos hablar de un amor esponsal, virginal y puro con Aquel a quien la fe presenta como el Esposo de la Iglesia.

Todo el dinamismo del Antiguo Testamento queda sintetizado en aquellas hermosas palabras del Apocalipsis: *Luego vi un cielo nuevo y una nueva tierra... Y vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo (Ap 21, 1 - 2)*. En los desposorios de Cristo con la Iglesia han visto las generaciones cristianas el comienzo del cumplimiento de las promesas de Dios. Hoy mismo, la Iglesia tiene la misión de manifestar este aspecto místico de la unión con Cristo. Y lo hace, de modo especial, por medio de sus mujeres consagradas, que por el voto de virginidad hacen presente, como en un anticipo de júbilo y de alegría, el misterio de las bodas eternas del Cordero.

1. El amor esponsal es una nueva dimensión de la alianza bautismal

a) *Una alianza especial*

Cuando una mujer cristiana acepta consagrarse totalmente a un amor esponsal, no concebido en términos psicológicos, sino personales, entonces la alianza y el compromiso bautismales adquieren una nueva dimensión. Se trata de una elección de la libertad. No se entregan sentimientos que de por sí son pasajeros y transeúntes. Mucho menos se entrega sensualidad, que es una mera atracción física, sin cabida en la relación con el Corazón de Jesús. Se entrega un acto de libertad, por el cual aceptamos compartir *con* Cristo el deseo de salvación y de amor por el mundo para llevarlo hasta el Padre.

5. Cfr. POZO, Cándido, *Redención y reparación*, en "Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús", Bogotá, 1982, p. 602 ss. Ver también IDEM, *La reparación al Corazón de Jesús y las nuevas tendencias cristológicas*, en "Cor Christi". Bogotá, 1980, p. 547 ss.

6. Cfr. PIO XI, Enc. *Misericordissimus Redemptor*, PIO XII, Enc. *Haurietis aquas*, 1956; JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia* y Exhortación *Sabvifici doloris*.

La alianza bautismal no tiene una vertiente exclusivamente ética. Los deberes del cristiano brotan de su identificación al misterio del Corazón de Jesús, cuya existencia está signada por la fuerza del amor. Los creyentes no sólo cumplimos leyes, como provenientes de afuera, sino aceptamos que la ley de Dios está escrita en nuestro corazón y que todos los deberes de una vida consagrada los vamos a pasar por nuestro corazón, de modo que lo que externamente es sólo norma o molestia, quede transformado por el dinamismo de un amor de caridad.

b) *Una mirada de amor*

El amor esponsal, de parte de una religiosa, es la respuesta a una mirada de amor del mismo Cristo. Son los ojos de un amor inocente que busca el bien, la alegría, la belleza interior de cada persona. Los que miran son los ojos del Corazón de Jesús, que llaman a dar un testimonio especial en el mundo, hermoseándolo con una actitud de amor. La respuesta esponsal es la de una persona que busca vivir de un modo *santo*, dando nueva forma a un mundo constantemente desfigurado y afeado por el pecado y sus consecuencias sociales: la injusticia, el menosprecio por la dignidad humana, la mentira, la soberbia.

c) *Con una identificación imitadora*

San Pablo a los efesios nos da la clave de este amor esponsal, cuando nos dice: *Sed imitadores de Dios...* (Ef 5, 1). Pero para que no pensemos que esa imitación es imposible, los santos de la Iglesia nos brindan ejemplos magníficos. Por eso, me parece un método ideal para presentar el amor esponsal el de enunciar aun brevemente el espíritu que animó a algunas santas canonizadas en los últimos tiempos. En todas ellas vibra aquel llamado del Corazón de Jesús que señaló al comienzo. Dejemos que hablen sus propias vidas.

1. Santa Vicenta María López y Acuña (1847 - 1890)

Es la fundadora de las Religiosas de María Inmaculada destinadas a ayudar a la clase trabajadora, en especial a las jóvenes que trabajan fuera de sus propios hogares. Su caridad está hecha de servicio abnegado, mediante el cual Dios embellece constantemente a su Iglesia. La canonizó Pablo VI en mayo de 1975.

2. Santa Isabel Ana Bayley Seton

Es la primera santa norteamericana, fundadora de las Hermanas de la Caridad de San José de Baltimore para la asistencia de los pobres y de las escuelas parroquiales. La canonizó Pablo VI en setiembre de 1975.

3. Santa Margarita Bourgeoys

En el siglo XVII en Canadá esta santa se dedica a una auténtica promoción de la mujer, de las familias, de los niños, preocupada por la formación de familias sólidas y sanas. Es la gran educadora de los niños. Canonizada en octubre de 1982 por Juan Pablo II.

4. Santa Juana Delanoue

En la Francia de fines del s. XVII y comienzos del XVIII Juana representa una ayuda eficaz a los más pobres, haciendo la experiencia de los pobres, mendigando para ellos. Intentó remediar a la pobreza y la mendicidad fundando la Congregación de Santa Ana de la Providencia con sus "sirvientas de los pobres". Ella "visita a los que viven como animales en las cuadras excavadas en las lomas, les lleva alimento y vestido, lava sus ropas, y si es necesario, les da las suyas; hace lo posible por calentar esos cobertizos precarios, da con generosidad a los transeúntes y los acoge en su propia casa" a la que denomina "Providencia" con un nombre que se mantendrá por casi dos siglos en aquel país. Es cierto que en la actualidad se intenta descubrir las causas de la pobreza y se quiere crear condiciones más justas para todos, establecer medidas de seguridad social, en una palabra ayudar a los pobres a ser protagonistas y responsables de su propio destino. Por eso, lamentablemente se ha desprestigiado lo que se llama peyorativamente "asistencia". La ayuda que se debe prestar no es sólo asistencia, pero desgraciada la comunidad cristiana que se quedase en grandes discursos sobre la liberación de las causas de la pobreza y no diese el testimonio de la asistencia generosa con la cual comparáramos lo nuestro con los demás. Sería borrar siglos de tradición viviente en la Iglesia Católica.

5. Santa Rafaela María del Sagrado Corazón (1850 - 1925)

Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón. General de su Congregación durante 16 años hasta 1897 en que por infundios es recluida en la casa de Roma, en donde permanece como ropera hasta el día de su muerte. Su preferencia por la educación de los pobres y su deseo de reparar las ofensas cometidas contra el amor de Cristo han hecho de su espiritualidad un medio poderoso para el encuentro con Dios. Canonizada en enero de 1977 por Pablo VI.

6. Santa Paula Frassinetti (1809 - 1882)

Es la fundadora de las religiosas de santa Dorotea, dedicadas a formar a la infancia y la juventud abandonadas, según el Corazón de Jesús. Canonizada en marzo de 1984 por Juan Pablo II.

Seis santas, seis estilos, pero una misma preocupación: servir a Cristo pobre en los otros, sin perder la propia llamada a la comunión con el Señor. Cada una de estas santas mujeres, y todas las demás de ayer y de hoy, nos manifiestan la importancia y el valor de la imitación o seguimiento de Jesús. No es cualquier seguimiento, sino aquél mediante el cual uno se identifica al Señor no sólo en la vida de la liturgia y de la oración, sino también en el llamado que El hace hoy a su Iglesia para que re-descubra el aspecto esencial del *amor* en la existencia cristiana. Toda presentación del cristianismo, sea cual fuere la forma que asuma, que trate de destilar odio, aunque sea mínimamente, no tiene cabida entre los sentimientos de Cristo, y de aquellos que lo siguieron muy de cerca.

d) *Ley de renuncia*

La renuncia a la corporalidad en el amor sponsal exige una aceptación de otro modo de amar. Es el que practicaron estas santas. Consiste en transfigurar

todas las realidades creadas mediante la caridad, cuyo principio constante en la Iglesia es la Eucaristía del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Con toda realidad se puede decir que no solamente somos seguidores de Cristo, sino también "imitadores" suyos, en el sentido más pleno de la palabra imitación, que de ningún modo significa mera copia, sino participación de la propia personalidad. Imitar es una forma muy alta de seguir, a condición de no imitar únicamente lo que nos atrae o nos gusta más. Se imitan los sentimientos del Corazón de Cristo, siempre con una mirada de buen humor, alegría y limpieza. La ley de renuncia así, lejos de mostrar personas carentes de algo vital, será la prueba definitiva de que hay algo más grande por lo cual vivir. Es lo que da sentido a nuestra existencia, más aún la plenifica y hace admirar a los demás lo que el Señor puede realizar junto a una libertad que se mantiene sana por la presencia de la Gracia salvadora. Renuncia sí, pero plenitud también. En otras palabras: todavía no llegados a la perfección, pero ya comenzada en nosotros.

e) *El Esposo de la Iglesia*

El que sella la alianza de amor es Cristo en cuanto Esposo de la Iglesia. La fecundidad de la religiosa consagrada no proviene de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino del sello del Espíritu Santo en sus corazones. Y el sello del Espíritu no puede ser otro que el otorgar la capacidad de identificarnos al Corazón de Cristo (Cfr. *Ct* 8,6).

"*Sponsa Christi*" es, ante todo, la Iglesia en su calidad de inmaculada. Pero también cada religiosa es "esposa de Cristo" mediante una vida de caridad que es capaz de enfocar todos los aspectos de la existencia. Las santas y los santos de la Iglesia nos siguen dando el testimonio de un amor que no necesita de simplificaciones ideológicas para triunfar en el mundo. ¿Qué misterioso instinto interior impulsó al Padre Damián de Lovaina a vivir en el leproso de Molokai, y amarlo tanto?

2. Un corazón que ama de verdad

a) *Un amor esponsal o virginal*

Se trata de una sublimación de la potencia sexual: es como un elevarse por encima de lo instintivo para lograr una grandeza humana jamás soñada, incluso con mayor rapidez y exaltación interior. Cuando santo Tomás de Aquino llegó a la cumbre de la contemplación de Dios, ¡fue tal el grado de sublimidad interior que ya no pudo escribir más!

b) *A los pies de Jesús*

Como María (*Lc* 10,39) necesitamos sentarnos junto a Jesús para comprender el misterio del incendio interior que lo lleva a entregarse por los pecados del mundo y aceptar ser el sacrificio por el pecado (*hattah*) de todos.

Las llamas que necesita el mundo son las que brotan del Corazón de Jesús, que nos dijo: "*Fuego he venido a traer a la tierra y quiero que arda*" (*Lc* 12, 49). La pasión que se inflama en el corazón consagrado a Cristo por los votos religiosos es de otro orden: no se convierte en deseo de lujuria o poder, sino en amor casto y sencillo

que todo lo que toca lo deja transfigurado. El fuego de Jesús es purificador y se enciende con los maderos de la cruz.

c) *Castidad transformante*

Por este amor esponsal, la mujer consagrada atraviesa todos los demás amores, y llega más pronto que todos ellos a encontrar a Dios y en él, descubrir todo lo que debe entregarse por sus hermanos en este mundo. Los ojos puros de la castidad transforman las relaciones humanas y sanan la soberbia del poder que aliena, sea cual fuere su forma. El único poder que vale ahora es el del amor del Corazón de Cristo que ha vencido desde la cruz en la aceptación total de su anonadamiento.

d) *Inflamar a los demás*

El que vive esta realidad no se encierra en sí mismo. Sale de sí para transmitir este fuego sagrado y encenderlo en todas partes. La promoción humana, la asistencia social, la búsqueda de liberación ya no pueden usar un lenguaje tomado prestado de donde no interesa, sino que el misterio de la caridad del Corazón de Cristo es la fuente inagotable de la cual surge esta ansia y preocupación por el dolor de los pueblos. Porque el Bautismo es el que da principio al compromiso de transformar al mundo, y no las teorías meramente humanas.

e) *Amor fecundo*

Este amor esponsal o virginal vive en este mundo dando testimonio del otro y asume con alegría convertir en dinamismo de evangelización lo que en la familia cristiana da origen al proceso de continuación de la raza humana.

Lejos de quedar estéril, este amor esponsal engendra cotidianamente a la Iglesia y la re-crea con una fecundidad envidiable.

3. Latir y vivir

El corazón de la mujer consagrada late, pues, con este amor esponsal. Y porque late, *vive*, es decir, transforma en vida todo lo que el pecado humano tiene la inclinación a trocar en muerte.

La religiosa que deja latir al Corazón de Jesús en su propio corazón, también cambia su mirada hacia sí misma y hacia el mundo: es mirada de verdad y de misericordia.

Y entonces sucede lo admirable: esas personas que parecían lo descartable del mundo, se hacen las más importantes mensajeras del Misterio salvador. No se equivoca el pueblo cristiano cuando venera a las religiosas auténticas con un respeto que es casi devoción. Quien lo ha dejado todo merece esa actitud del pueblo, que intuye todo el sacrificio, la cruz, y el dolor que hay en las vidas de las religiosas cuyo corazón se ha identificado al de Jesús.

Pero hay algo necesario para que todo este misterio de identificación no sea una mera abstracción: solamente vive del Espíritu Santo quien se mantiene unido a El por la oración. El tiempo dedicado a conversar con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo no es tiempo de intimismo sino de la intimidad que se necesita para amar

de veras.

De este modo, los latidos de la mujer consagrada hacen latir al mundo. Santa Teresa de Jesús, que vivió durante muchos años en la oscuridad interior, no dejó jamás de hacer latir en su corazón el corazón de la Iglesia y se hizo madre de monasterios en una fecundidad asombrosa. Hoy también la vida religiosa, según el Corazón de Cristo, busca cómo compartir su corazón con el de los otros: surgen iniciativas para todas partes para vivir con mayor austeridad y alegría los votos de consagración. Los conventos y monasterios inician un movimiento de "dar desde la propia pobreza". Se hacen fundaciones en los lugares más pobres y el Evangelio es anunciado como fruto del contacto personal que viene de una Iglesia, cuyo Esposo vive junto al Padre "siempre intercediendo por ella" y cumpliendo la promesa de enviarle su Espíritu para enseñarle toda la verdad.

IV. CONCLUSIONES

Conviene concluir esta meditación con el esbozo de algunos principios de renovación de la vida religiosa femenina según el pensamiento del Corazón de Jesús. Me detendré sólo en tres, aunque sé que puede haber otros carriles tan válidos como éstos para hacer marchar la vida consagrada.

1. La alegría

El mundo muere de tristeza y violencia. Necesita un remedio que toque lo profundo de los corazones de todos. Ese remedio viene de la experiencia personal y comunitaria de una identificación con Cristo, que permita obtener la alegría indecible nacida de la Pascua. Cada religiosa o cada mujer que quiere consagrarse como esposa de Cristo y de la Iglesia, debe saber que su vida tendrá que ser un espejo de alegría para la gente. No la alegría pasajera de quien ha conseguido lo que ansiaba con diversas estratagemas poco evangélicas, sino la alegría perdurable que se mantiene pese a todo y cuando todo parece derrumbarse. Es la alegría serena de alguien que "posee el Corazón de Cristo" en sí misma. Esa es la alegría que sana al mundo, que busca cada persona y que necesita como signo maravilloso de credibilidad de la Iglesia.

2. El entusiasmo

La frialdad que paraliza los corazones es el fruto de la mentira en todos sus grados. El corazón de Jesús llama a volver a dar fuego al mundo; un fuego purificador. Y con la purificación se enciende la llama que permite ver a los demás no como sombras o enemigos o adversarios, sino como personas necesitadas de iluminación.

El entusiasmo se opone directamente a la codicia, a la avaricia, a la defensa celosa de lo propio. Si es fuego de Dios, entonces abre las puertas de su casa para ver un poco más allá.

Un corazón consagrado jamás se encierra en la frialdad de *lo propio*. Admira lo bueno de todos. Aspira con fuerza a un espíritu de apertura universal. No se con-

tenta con el bien de los cercanos. Sale a comprender que *su casa es el mundo*. Ejemplos no nos faltan de religiosas así en todas partes. Llenas de fuego sagrado, comprenden todo el sentido de que la Iglesia sea "*la católica*", completa en cada parte, pero, ¡sólo si está unida a las demás!

3. La reparación

El tercer principio de renovación es precisamente el de la "reparación". Pero tomado en un sentido diverso al de santa Margarita. Es el sentido del mandato que oyó san Francisco de Asís, cuando Jesús lo envía a "reparar" su Iglesia. Francisco entiende que se trata de reconstruir la pequeña capilla abandonada y se pone a la tarea con sus compañeros. Hasta que comprende que "reparar la Iglesia" tiene un significado más profundo y universal. Quiere decir que hay que imitar a Jesús en su misión "reparadora", es decir, en cuanto El es el nuevo Adán de una nueva creación.

Cristo ha venido a *reconstruir* el mundo malherido por el pecado. Y en cada bautizado vuelve a comenzar esa misión y esa tarea de re-hacer. El cristiano, y mucho menos el consagrado por los votos, no puede ceder a la tentación de pesimismo. Sí, el Corazón de Jesús nos impulsa a crear todo nuevo sacando fuerzas y sustancia de lo que sólo parecía despojo. Las comunidades de hermanas leprosas, ciegas, ancianas son como una presencia transfigurante de Cristo que prepara el mundo nuevo del cielo, con nuestra pobre limitación humana. He aquí la tarea: Asumir como propio el reto de volver a comenzar lo que la mezquindad de otros ha derribado.

El Esposo immaculado de la Iglesia la sostiene en esta obra que únicamente pueden entender los que aman con el amor del Espíritu.

*
* *
*

Con alegría, entusiasmo y reparación, la mujer consagrada responde al interrogante del inicio. Sí, el Corazón de Jesús vibra y late hoy con nuestra realidad, toma su compromiso no como un movimiento impulsivo, sino después de haber realizado un juicio en función del designio de verdad, unidad, belleza y amor del Padre en el Espíritu Santo. Y late y vibra ese Corazón en la experiencia vital de una mujer débil que acepta el desafío de vivir un amor esponsal para darle limpieza (*munditia*) al mundo y así devolverle su figura. Y al mismo tiempo ese amor esponsal engendra la Iglesia - Madre que hace crecer los valores del Reino, hasta que veamos a Dios *tal cual es* (1 Co 13,12).

Calle 78 N° 11-17 - A.A. 51086
Bogotá 2 - Colombia

Oswaldo SANTAGADA